

## MAIMÓNIDES

*Ikram Antaki*

“¿Cómo decirles lo trágico y lo absurdo?”  
preguntó el joven paseante de la noche  
y era como si la noche nunca hubiera existido.  
Su voz era frágil  
podía parecer execrable  
voz donde los signos arrastran la banalidad  
voz de infancia seductora  
“Traten de entender  
quizá podrán  
esbozar este pasado extraño.”  
El suelo se abría  
una sensación de pánico a través de misteriosas barricadas  
inventaba tintes de dolor  
Dejó la tierra  
la realidad física de la brutalidad y del vértigo  
y comenzó a contar historias de amor e ironía.  
“Fui judío en Córdoba”, dijo  
y era como si la libertad de palabra  
el indeterminismo, las independencias  
la fascinación y la extravagancia  
fueran de repente instrumentos desconocidos  
de métodos principales  
adornados por la tentación  
¿Quién armaba y obsesionaba la vida?  
¿Quién impedía al mundo cambiar sus fundamentos?  
¿Quién seguía apedreando la seducción por simple placer?  
“En el mercado de las malicias  
yo vendía instrumentos verdaderos.”  
¿Quién obligaba a las criaturas a intercambiar  
las palabras con la mentira?  
El verbo como valor de cambio  
penetró violentamente en las cárceles del Este  
y el hombre se salvó.  
Voz de noble que no palidecía.  
Voz ingrata de los efectos inéditos  
su serenidad era tan extraña que se podía esperar lo peor  
de su alma  
la sangre de los lirismos  
un incendio imaginario.  
La creación  
prolonga las trayectorias de fugas y de rupturas  
cambia los rumbos  
borra las pistas  
veinte años de furor generoso  
atrapado en los muros  
hacían irreal el dolor  
lo volvían ligero  
La prisión y la violencia  
las relaciones complejas y los comportamientos equívocos  
la violencia total de los juegos malvados  
la violencia final  
aquella sensación de perder a los demás y perderse  
dejaron su vuelo

se hicieron lentas, luego inmóviles  
desnaturalizadas.

Y él —en estado de absoluta ingravidez  
se puso a contar la historia del Este y del Oeste  
la valentía incomparable de los diálogos  
la curación de la envidia  
aquella magnífica riqueza de los encuentros útiles  
la determinación del placer  
y el papel aterrador de las iglesias.  
“Fui judío en Egipto”, dijo  
y los hombres improbables no eran perseguidos.

## PRISIONERA

*Carmen Boullosa*

¿Hacia dónde va la tarde como ebrio barco?  
Su ancla fue tirada en el corazón del viento.

¿A dónde nos lleva?  
¿Quién pudiera saltar y escapar a La Tarde!  
...tal vez evitaría la muerte.

\*

Yo sé que no saltaré.  
Soy prisionera  
como aquellos que encadenaban al barco para que lo  
impulsaran con sus fuerzas.

\*

Nos acercamos a los confines de la tierra.  
El agua en la cual navegamos  
caerá  
caerá  
caerá  
y nosotros con ella.

\*

¡Hacia la estampida nos lleva la tarde!  
¡Al despeñadero...!

\*

Sé que no puedo escapar,  
que soy quien impulsa la tarde al despeñadero.  
Mi propio cuerpo es anuncio de la muerte  
y las miradas que mis ojos tiran al piso  
(pájaros heridos, de alas tronchadas y huesos rotos)  
impulsan al barco al lindero  
donde la tierra acaba.

\*

Para la prisionera  
no hay cuerpo que la muerte pueda corromper,

ni gusto en el deleite del agua que infinita se enciende.  
Remontaré las aguas escapadas  
hasta sujetarme de la orilla de la tierra y trepar  
para seducir encadenada otro barco a la muerte.

\*

(. . .dejo las piernas,  
y las palabras dejo para volar  
y con el alma devastada vuelo,  
y no veo, no oigo,  
sólo siento el frío del desamor,  
sólo el desamor y el frío  
en la herida volando que llevo por cuerpo. . .)

\*

Si finco a la tarde en una tierra plana,  
¡yo no tengo dónde pisar!,  
si tiro al barco de la tarde por la caída  
interminable de agua arrojada,  
¡yo no soy ni existo, yo sólo soy  
caerme  
caerme  
caerme. . .!

\*

Mientras caigo por el agua que se desploma donde la  
tierra acaba,  
escucho que ella quiere acunar a los amantes,  
que yo sólo soy el animalito que maúlla tras la  
puerta cerrada,  
que quisiera ser como el agua que en luz se  
enciende.

Y me vuelvo oscuridad. Oscuridad. . .

\*

¡Ésta que cree ser un animalito  
a todos los trajo aquí,  
al despeñadero,  
al lugar donde la tierra demuestra que la tierra es  
plana y tiene fin!  
¡Ésta que se dice rota y prisionera  
condujo el barco  
—a fuerza de mirar,  
sin hacer uso del remo—  
hasta la más interminable de todas las caídas de agua,  
hasta donde los amantes consiguen lo temido y la  
tierra consigue lo temido y el amor consigue  
lo temido, inevitable!  
¡Ésta que los trajo aquí es la noche!  
Denme la espalda.  
Soy la noche.  
Huyan de mí. La noche es la muerte.

\*

(Los dioses cambian las noches por los días  
y consiguen el milagro del sol que rompe la  
cáscara oscura y helada.

Los dioses miran mis ojos y dan la media vuelta:  
mi candor los engaña:  
creen ver en La Noche  
—sólo porque la noche se entrega—  
una indefensa gatita llorando frente a la puerta  
cerrada,  
engañados veo sus espaldas alejarse,  
haciéndose diminutos monosílabos que casi no saben  
decir *no*. . .)

\*

(Donde sólo hay noche  
llega el tiempo en que la lluvia se acaba  
y las plantas se enferman porque extrañan al sol  
y los niños dejan de reír  
y los mayores olvidan el lenguaje del amor  
porque extrañan al sol  
y los tristes y los olvidados  
donde abren los ojos  
encuentran un espejo fiel para sus almas  
silenciosas.  
. . . Yo soy la noche y —aunque existen los dioses,  
lo sé, los he visto—  
parezco prolongarme más allá del tiempo que haría  
tolerable el castigo que no sé si merezco).

\*

He sido luz, también,  
he sido luz y carne y amor y  
he visto al tiempo caber en un dedal  
y he oído la suavidad de mi alma cuando se entrega  
sin temor.

\*

Aunque lo digo no lo recuerdo:  
sólo es noche lo que enciende el campo devastado  
por el fuego.  
¿Habrán levantado avena, maíz, habas, frijoles,  
ruiseñores, lirios, gallinas o helados de colores  
en las cosechas?  
Sólo veo el campo teñido de negro  
mostrando el luto de “—aquí pasó el fuego”,  
y escucho el diálogo:  
“—¡cómo lo sentimos!”  
“—Nos unimos a su duelo.”  
Aquél no puede hablar porque las lágrimas han  
ocupado el lugar de las palabras.  
Zozobran en el llanto y los abrazos mentirosos  
mienten:  
nadie puede compartir la soledad de la noche  
prisionera.  
Nadie. Ni la oscuridad.  
Ni la muerte.